



IN MEMORIAM JOSÉ GÓMEZ CAFFARENA

José Gómez Caffarena (1925-2013)

A José lo conocí en la residencia de escritores de Pablo Aranda. Era una fría tarde de febrero y él estaba en el borde mismo de la puerta de entrada, de pie, aguardando mi llegada. Yo estaba con la expectativa propia de conocer a quien tanto había leído y trabajado (no en vano era motivo de mi investigación doctoral) y la incertidumbre de saber si podría estar a la altura de semejante figura. ¿De qué podría yo hablar con el padre de muchos kantianos y autor de una vasta renovación metafísica y teológica? ¿Qué le podría yo decir al profesor de tantas y tantos? ¿Quizás que para mí su sistema es un canto al límite y a la razón finita que se abre, y quién sabe si algo más que eso, al Misterio? ¿Que su opción por el sentido era tan arbitraria y problemática como apostar por el absurdo?

Pasé a una pequeña sala, modesta pero suficiente, y José sacó todas las cartas que yo con anterioridad le había enviado y me preguntó lo que opinaba de su obra, sabiendo que yo ya estaba redactando las conclusiones de la investigación. Sin tiempo a filtrar una respuesta atenuada y cordial le dije directamente aquello que antes de cruzar esa puerta dudaba en decirle. A partir de ahí hubo un silencio, y por un instante lamenté fatalmente mi impetuosidad aguardando por ello una reprobación de su parte.

José sonrió y me preguntó: «¿Ha leído usted el reciente *El enigma y el misterio?*». Le contesté que sí, y a partir de ahí tuvimos un debate muy personal, centrado en su itinerario y en el discurrir de sus publicaciones y de sus vivencias docentes en la jesuíticas universidades Gregoriana de Roma y de Alcalá. De cómo ahí se cruzó con Lotz, con Rahner y tantos otros grandes nombres de la filosofía y teología del pasado siglo. «La fe es opción, es voluntad de sentido, es razón

abierta a su límite y a sus reversos. Por eso es fe: nada más..., y nada menos», vino a concluir.

Tras esas horas de vivo encuentro me marché de nuevo hacia las riveras nor-teñas mediterráneas de las que provengo saboreando el tenor de tales momentos. Poco a poco el debate filosófico dejó paso a una sensación de agradecimiento por estar frente a alguien que no solamente era afable, y mucho, sino dialógico en su sentido más puro. Me había sentido reconocido por un profesor de verdad, por alguien que no buscaba aduladores ni séquitos de vanidad porque para él la verdad estaba en el conversar, en el dialogar, en el disentir. Una persona que se interesa, ante todo, por las personas, y eso me conmovió. ¿Cómo podía ser que una autoridad metafísica como la suya me reconociera a mí, un simple y seguramente impertinente principiante en esto de la filosofía?

A partir de ahí se sucedieron más cartas y más visitas, teñidas muchas de ellas de polémicas más cercanas a la facticidad existencial que a los límites y confines de la razón. Casi siempre podíamos acordar un punto de encuentro, excepto cuando se hablaba de fútbol. Ahí no había punto medio: los excesos poco aristotélicos de sendas posiciones lo hacían imposible. En una de esas visitas prometí llevarle un ejemplar de la tesis. Y así fue: una semana después de defenderla se la entregué en mano. Por aquel tiempo aquella figura esbelta y delgada que siempre se erigía de pie en la puerta empezaba ya a requerir de otras rutinas y por entonces era yo el que lo aguardaba en la sala de siempre. En uno de esos postreros encuentros hablamos muy abiertamente de la muerte y del límite por antonomasia que es. De hecho, habló más él, con una pícaro sonrisa y una afinada y muy profunda mirada.

A principios de año le envié a José un ejemplar del recientísimo estudio que había podido editar con una extraña sensación de apremio. Quería poder dárselo en mano, pero preferí enviárselo por correo para que llegara cuanto antes. Era una manera de reconocer lo mucho que me había dado, lo tan importante que había sido, y creo que no solamente para mí, su vivo y encarnado testimonio de amor por el saber y por el vivir genuinamente humanos. Pero otra fría tarde de febrero, la quinta del mes, justo en su octogésimo-octavo cumpleaños, como dando entender que el círculo se cerraba sobre sí mismo, el profesor Gómez Caffarena nos dejaba. Siempre me quedaré con la duda de saber si el libro habrá llegado a tiempo y con el anhelo insatisfecho de saber qué pertinentes y acotadas impresiones me hubiera hecho.

Gracias, maestro. Gracias y hasta siempre.

MIQUEL SEGURÓ